

Jan Kacshmarek

Conjeturas y utopías acerca del actual conflicto mundial ⁽¹⁾



HAY una canción típicamente alemana que cantan los alemanes con más gusto que ninguna otra, llámase «Loreley» y dice así: «Ich weiss nicht, was soll es bedeuten, dass ich so traurig bin. Ein Marchen aus uralten Zeiten, das kommt mir nicht aus dem Sinn». No sé por qué estoy tan triste. Es que no puedo desechar de la cabeza una leyenda de tiempos antiguos». He aquí, al asumir el gobierno los Nacional-Socialistas en Alemania, «cuando todo absolutamente debía cambiarse» como lo anunciara Goebbels, el lugar que esta canción ocupaba pasaba a otra, melancólica también cual «Loreley» sólo que con una diferencia, que ya no mencionaba tiempos antiguos sino por el contrario interesábase precisamente por los tiempos futuros que por cierto no era ningun-

(1) Este estudio fué leído ante una numerosa concurrencia en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, por su autor el eminente escritor y profesor polaco, Jan Kacsmarek. En esa oportunidad hizo la presentación en un breve discurso, el escritor Domingo Melfi.

na leyenda según nos parecía a nosotros al oírla por vez primera. Decían así: «Denn heute gehort uns Deutschland und morgen die ganze Welt... hoy Alemania es nuestra, y mañana el mundo entero lo será».

Comenzó a interesarme seriamente esta canción, tan divulgada por la propaganda del partido nacional-socialista, cuando cierto día la oí en el extranjero. Instintivamente sentí que aquel canto encerraba algo peligroso y comprendí que la «V columna» — como hoy se la llama — entraba en acción. Me hallaba en Dinamarca el año 1935 en casa de unos amigos. Recuerdo bien aquella noche del mes de junio, sentados a la orilla del mar de los «Sund daneses», cuando del cercano bosque llegó hasta nosotros esta melodía triste, entonada por voces de jóvenes rebeldes que repetían una y otra vez como si trataran de aprenderla. Hice observar a mis amigos daneses la importancia del hecho de que cantada esta canción por súbditos daneses aunque de raza alemana, no estaba de acuerdo con la ley de lealtad y obligación a su estado, puesto que en ella hablan de conquistas para un país que en el futuro piensa hacer suyo el mundo entero. Mas, he aquí la reacción de mis amigos daneses: «Somos una nación pequeña y no podemos ponernos en contra de los alemanes. Aquí tienen libertad garantizada en nuestra democracia. Además no contamos con fuerzas suficientes en caso de guerra». Cuántas veces más tarde hicimos la triste experiencia ante igual reacción por

parte de muchos otros. Nadie sabía que precisamente reacciones de esta índole dan a Hitler ayuda para construirse la base política con tal extensión que le permitiría amenazar al mundo entero. Sin la seguridad de reacciones como ésta jamás Hitler se hubiera atrevido a decretar la ocupación de los terrenos desmilitarizados del oeste de Alemania ni a ordenar el nuevo armamento sin límites y menos aun decretar la ocupación de Austria... y Munich!

Mientras tanto, en su propio país como en el de sus vecinos cantaban los alemanes cada vez con más entusiasmo: «¡Mañana el mundo entero será nuestro!» Varias veces tuve ocasión de hablar con alguno de estos alemanes. «¿Cómo os podéis imaginar lo que cantáis?» les pregunté, «continuando estas ideas es seguro, que el día menos pensado estallará la guerra!». Tranquilos y confiados en sí mismos asegurábanme todos—sin excepción todos, nacional-socialistas y no nacional-socialistas—: «Um Gotteswillen! De ninguna manera! Guerra? Pues es segurísimo, que no la habrá! El Führer hará todo sin guerra. Anulará el tratado de Versalles y algo más. «El Espacio Vital», como usted comprenderá». Y como vieran que yo continuaba en mis dudas, obstinábanse en repetirme: «Es seguro que de algún modo él lo hará. Cómo? No sabemos. Esto es su secreto, pero lo hará». Era asombrosa la firmeza con que creían llegar a verse dueños del mundo. Con el tiempo esta idea se hacía obsesión de tal modo que hasta anticipaban fechas en las que más o menos ten-

drían lugar las etapas de conquista. Es generalmente conocido que, por ejemplo, la última etapa de las conquistas alemanas en el este y sureste de Europa finalizaría el año 1941. Aparecían tarjetas con mapas, que eran repartidas entre los alemanes en el extranjero—«Schulungsbriefe»—. Pero lo que mucho más me asombraba era la pertinaz manera cómo bajo un sueño hipnótico añadían a estos programas la fórmula de: «Sin guerra! El Führer hará todo sin tener que recurrir a la guerra!».

Algo más tarde—esto es aproximadamente después de la ocupación de Austria y Checoslovaquia, cuando cada vez se hacía más densa la idea de todos los alemanes, absolutamente de todos sin excepción, respecto a Polonia, dirigida es claro, por el propio ministro de propaganda del Reich con su acostumbrado arte astuto—advertí con espanto que la hipnosis se contagiaba poco a poco también a los que no eran alemanes. Es así como cierto día, antes de poner a Polonia los primeros postulados oficialmente esto es, unas semanas antes de octubre de 1938, me visitó un amigo mío, corresponsal de la Nationaltidende de Copenhague, el cual recién venía de haber conversado en el ministerio de propaganda y lleno de frescas impresiones me informaba, que le habían hablado de Polonia, de la necesidad «que Polonia devolviese los terrenos alemanes». Comprendí que quería conocer mi opinión y respondí sencillamente: «No hay tierra alemana en Polonia y de la tierra polaca no cederemos

ni un palmo. Tendrán que declararnos la guerra!». Se levantó bruscamente y hablándome como de una misteriosa apariencia me dijo: «De eso, no hay que hablar! Aseguran que habrá acuerdo entre vosotros, que no habrá guerra! Tienen la certeza de que en el momento dado Hitler sabrá resolver este punto!». Sin duda este corresponsal extranjero como también muchos de sus colegas no creían en la guerra hasta que ésta realmente comenzó.

Desde este día no se apartaba de mi mente esta idea: «Jamás como Checoeslovaquia y Austria! Todo antes que perder nuestro honor!». Y esto mismo sentía cada polaco. A todo esto la propaganda alemana tejía sus redes silenciosa y estrechamente diciendo: «Aproxímase el día en que deberán resolverse las cuestiones existentes entre Polonia y Alemania». Y... —gracias a Dios— nuestro pueblo no se acobardó! A causa de ello el pueblo polaco tuvo que sufrir como pocos ejemplos se encuentran en la historia de la humanidad. Es cierto! Pero a cambio de esto halló el privilegio de cumplir su obligación gigantesca para el futuro desarrollo mundial, para la cultura y civilización de la humanidad. Mejor aun las generaciones futuras verán: que esta guerra, de la que Polonia sufrió el primer asalto y mayor peso en nombre del respeto a su soberanía, esta guerra que Hitler en sus especulaciones de subyugar el mundo quería emplear sólo como una amenaza y nada más como un poderoso medio político— pues siempre impone en la imaginación más miedo y

temor la amenaza que la acción misma—esta guerra en contraposición a los planes de Hitler, estalló desbaratando sus íntimos cálculos.

Surge la pregunta de entonces, por qué Hitler decidió llevar a cabo la agresión y por su propia voluntad trajo esta guerra? La respuesta es más sencilla de lo que en los primeros momentos parece. La inflexible y tenaz postura de Polonia, tanto más fuerte cuanto se la quería hacer caer por medios de terrorismo o amenazas, restaron a Hitler demasiado prestigio entre sus compatriotas, arrancándole precisamente su resorte secreto para el fin de allanar el camino que le conduciría hacia el dominio del mundo. Era ésta para un dictador total una situación forzada que le dejaba una sola salida, la de castigar a aquellos oponentes levantiscos con suma severidad a fin de que futuros oponentes se arredrasen con este ejemplo. Como suplemento tenía Hitler informaciones precisas acerca del pueblo francés, como también del pueblo inglés, del deseo de ambos en conservar la paz, pero más importante aún es que conocía también la inferioridad de éstos respecto a sus armamentos de guerra. Contaba con que éstos no podrían prestar su ayuda a Polonia como había sucedido análogamente con Checoslovaquia. Y aun cuando los aliados de Polonia quisieran ayudarla, en este caso sabría como retenerlos hasta llevar a cabo la destrucción de Polonia; y después les tendería su mano ofreciéndoles la paz que ellos aceptarían tanto más cuanto que la situación después del pacto ruso alemán

no les permitiría otra salida. Así combinó Hitler liquidar la posición de Polonia en su matemática política. Confiado en sí mismo dió orden a su ejército, la noche del 31 de agosto al 1.º de septiembre de 1939 de invadir Polonia. «Una sola vez se derramaría sangre! Una sola vez habría lucha por las armas! Después bastaría para siempre el solo hecho de amenazar, para que en el futuro cada nuevo oponente huyera y se entregara horrorizado ante el recuerdo del castigo que infligiera al pueblo polaco. Qué seguro de sí mismo estaba el Führer! Tanto que en lugar de seguir apuntándose tantos en el juego político de su triunfo, tiraba sus naipes sobre el tapete «geopolítico» del mundo. Triunfo errado!

Al estallar la guerra yo no me hallaba en Alemania. Pero he tenido ocasión de hablar con gente que de allí venía y éstos me confirmaban lo que naturalmente tenía que suceder. El pueblo alemán que con tanta fe creía que no habría guerra, tuvo que experimentar ante este hecho un terrible desengaño: un desengaño que daña profundamente la fe, este imprescindible motor en los grandes esfuerzos humanos. No hay que interpretar esto como si el pueblo alemán no hubiera querido la guerra, ellos que comprenden el sacrificio ante su afán de conquista. El desengaño en cuestión era de otra clase, es decir, algo así como lo que experimentan quienes han hecho un contrato de compra de algo muy apreciado a un precio extraordinariamente bajo. Pero firmado el contrato descubren una cláusula

antes no percibida que prácticamente eleva el precio a lo más alto posible. Pues en nuestro caso el pueblo alemán creía que su precio para la conquista futura era su hambre sufrida en compensación al armamento militar según la conocida frase de Gobbels: «Kanonen statt Butter!». Cañones en lugar de mantequilla». Ante estas condiciones estaba de acuerdo. Pero más tarde comprobaba que el precio exigido era hambre, guerra muerte y peste. No existe la menor duda, de que con el tiempo y durante el transcurso de la guerra se verán los efectos del primer gran desengaño de las masas alemanas.

Si mal le fué con estos casos internos, fué aun mucho peor lo calculado acerca de la rapidez con que debía terminar la guerra, y como también la esperanza de poder seguir conquistando a la manera empleada en Munich. El mundo que amaba su paz por encima de todo y que estaba dispuesto a los mayores sacrificios para conservarla rechazó el precio ofrecido a cambio de su libertad. No se acobardaba como Hitler se lo había figurado! Particularmente Inglaterra y Francia las cuales habían visto el juego comprendiendo que ahora se trataba del paso más importante. Caso de firmar un nuevo convenio con Hitler le habrían proporcionado demasiadas posibilidades de crear una desigualdad en favor de él y por consiguiente en contra de sí mismos. Por lo tanto les sería materialmente imposible formar después de la caída de Polonia un nuevo convenio puesto que carecían de medios con qué exigir su

debido cumplimiento. Esto quiere decir que en lugar de proseguir la partida como había pensado Hitler, invertíase de modo inevitable. Era este el momento que justificaba enteramente la histórica postura de Polonia: ahora sabíamos que no en vano habíamos expuesto el pecho al primer zarpazo y que nuestra resolución había cortado, en efecto, el paso con que Hitler caminaba sobre pactos quebrantados hacia el dominio del mundo.

Supongamos que Polonia se hubiera sometido y hubiese firmado el tratado propuesto por Hitler. Cómo se habría desarrollado el curso de las relaciones polaco-alemanas? Acerca de esto puedo referirme a la conversación que sostuve con Hitler en 1937. En ella me describe su punto de vista sobre el desarrollo de las relaciones polaco-alemanas en estos términos: «El actual pacto polaco-alemán — se trata del conocido pacto por diez años de no agresión firmado en enero de 1934 — prevee la renovación para el año 1944. Estoy seguro, me decía, que este pacto, a cuatro años de su vencimiento lo renovaremos por otros diez años. Poco después firmaremos con Polonia un nuevo pacto de una duración de 25 años, o quizá más, según la voluntad de Polonia, porque si de mí depende, esta amistad sería por tiempo indefinido». No he tenido en aquel momento una misión que me hubiera obligado a responderle. Escuché sus palabras para mi propio conocimiento. Estas afirmaciones de Hitler, tuvieron distinta interpretación en los círculos políticos de Polonia.

Ninguno de nosotros pudo imaginarse en aquel año 1937, lo que verdaderamente significaban. Hubo optimistas que vieron en esto el aviso de una proposición de alianza; hubo pesimistas que sólo vieron en ellas un gesto cortés. Poco antes del mes de abril en 1939, comprendí el misterio que ocultaban las palabras de Hitler, que dos años antes me dirigiera; cuando me enteré de las secretas reclamaciones presentadas a Polonia referentes a Pomerania y Dantzig. Existe un viejo y popularísimo dicho alemán que muestra la singular opinión que tienen acerca de la amistad: «Und willst Du nicht mein Bruder sein, so schlag ich Dir den Schadel ein»; lo cual quiere decir: «O accedes a ser mi hermano o te rompo la cabeza!». Encuentro mucho de común con este dicho en la preparación del nuevo pacto de amistad polaco-alemán. «Cuatro años antes de su vencimiento le renovaremos», habíame dicho, esto es que el nuevo pacto estaría ya pronto al final de 1939 o al comienzo de 1940. Luego después los acontecimientos se sucederían con más rapidez, como hoy hemos podido comprobarlo aun durante el transcurso de este mismo año tendría en el que tendría lugar el nuevo, el «eterno» pacto. No es esto asombrosamente igual a la táctica alemana con relación a Checoslovaquia? Primeramente el pacto en Munich y firmado éste y consumado el debilitamiento del otro firmante que había perdido toda posibilidad de defensa propia, llevábase a cabo la invitación de Hacha a Berlín con motivo de firmar un pacto «definitivo» —eterno—

por el cual se colocaba bajo protección del Reich con «toda confianza». A propósito de esto me acuerdo de algo que pese a su insignificancia merece ser mencionado por su característica: después de la noche dramática en que quedó firmado este pacto de «confianza», cuando Hacha en la mañana siguiente se dirigía hacia el tren que le llevaría a Praga en compañía de los ministros alemanes en gran uniforme diplomático de gala, Ribbentrop y Meissner—recordarán que en este mismo momento se efectuaba la entrada del ejército alemán en territorio checo!—aparecía en el Potsdamer Bahnhof una delegación de la guardia SS. y ofrecía en nombre del Führer un inmenso ramo de flores a la hija de Hacha que acompañaba a su padre. Contábanme esta escena algunos de los corresponsales extranjeros que habían estado presentes. Todo el día veía en mi imaginación a esta joven checa inclinada sobre las flores que rociaba con sus lágrimas. Y no sé por qué me figuraba estas flores marchitas allá en el Hradszyn sobre la tumba de uno de los primeros caídos en nombre de la nueva amistad checo-alemana.

Idénticamente contaba el Führer, liquidar la cuestión con Polonia. Y una vez terminada—quiere decir durante el transcurso de 1940—surgiría la rápida tarea, siempre en la misma forma realizada, con la ocupación militar de todos los países en el este de Europa. La ocupación de los Balcanes y sus vecinos había sido prevista para 1941. Hasta aquí alcanzaban las fechas que nos eran conocidas por medio de diferentes

surcos e indicios que permitían esta conclusión. No los tenemos tan precisos de los años siguientes hasta 1950. Este último nos le ha brindado el mismo Hitler por circunstancias especiales que merecen citarse. Cuando se construyó el nuevo edificio gigantesco «Reichskanzlerpalais» en la calle de Vosstr, en Berlín—mayor y más suntuoso que el palacio de los Kaiser — produjo entre la multitud descontento aquel derroche de lujo tanto más cuanto que por entonces el pueblo alemán ya sufría la falta de muchos alimentos producida por la suspensión de la importación de ellos. Pues los valores de moneda extranjera era necesario emplearlos en adquirir materias primas para material de guerra. El descontento se manifestaba incluso hasta en el partido mismo. Ni la propia Gestapo era capaz de impedir el que de boca en boca se repitiera este refrán: «Wir haben keine Butter, wir haben kein Ei; aber stattdessen ne neus Reichskonzlen». No tenemos manteca, ni tenemos huevos, pero el Führer edifica palacios nuevos». Llegaban las cosas a tal extremo que nada menos que el Führer se creyó en el deber de dar una explicación acerca de la necesidad de este edificio. Escribió un artículo en el «Wolkischer Beobachter». No mencionaré aquí sus frases más o menos persuasivas acerca de la antigua cancillería de Hindenburg. Más interesante para nosotros, es el hecho de que ha citado una fecha misteriosa: el año 1950! He aquí sus palabras aproximadamente: «En dicho año destinaría esta residencia para fines con que he contado cuan-

do mandé construirla en las proporciones que hoy veis»; y añadía: «de dichos fines no puedo hoy todavía hablar, pero sé que el pueblo alemán al conocer el designio de este edificio me concederá que esta construcción era necesaria».

Las misteriosas palabras de Hitler querían decir que el designio de tal edificio no tenía relación con ningún negociado público interior del Reich, ya que en él estando el más alto cargo central, ni al mismo Führer se le justificaba. Quedaba, por lo tanto, la única posibilidad de hallar esta asignación más allá de las jerarquías del Reich. Esta clase de jerarquías ninguno de nosotros podía adivinar en el año 1938. Mas hoy al conocer las mencionadas fechas y datos y comprobándolos con los acontecimientos sucedidos nos sentimos en estado de penetrar el significado de las misteriosas palabras de Hitler. Haré a ustedes en pocas palabras un bosquejo de la *Visión* del Führer acerca del tema «Acontecimientos que se desarrollan en 1950 en los inmensos salones de marmóreas paredes frías, pero relucientes como pechos de coraceros prusianos, en este edificio impetuoso sobre la «*Streusandbüchse des heiligen romischen Reiches deutscher Nation*», (salvadera del santo imperio romano de la nación germana) situado en el centro de la capital de los «*Junker*» (donceles) prusianos, a donde casi no hay otro acceso que por las calles, en que rígidos y amenazadores monumentos de generales prusianos y del

mismo rey «Fritz» (Federico) vigilan a los pasantes: Allí!, los representantes de los países vencidos.

Allí tendría lugar la final conferencia de paz concluyendo el nuevo reparto del mundo según las proposiciones alemanas y japonesas.

Allí firmaríase el perpetuo tratado político, económico y cultural bajo la protección del Reich y Japón y según las instrucciones de los profesores ario-nórdico-germano-japoneses.

Allí los plenipotenciarios de todas las naciones del mundo condenarían: el comunismo, la idea democrática y toda clase de partido político: la de la igualdad de los individuos, de las naciones y razas... por ser todas estas ideas caducadas.

Allí firmaríase el acatamiento de la superioridad de las razas alemana y japonesa, añadiendo la petición de encaminarles en todos sus asuntos.

Allí sería celebrado el congreso mundial en el que bajo un huracán de aplausos publicaría la lista de nombramientos de ministros y altos funcionarios del «Weltreich detusch-japanischer Ordnung», (Imperio mundial del orden germano-japonés) elegidos por Hitler y el Mikado.

Allí reuniríase, en fin no la liga de naciones de naciones de Ginebra, sino la verdadera, la que comprendería el conjunto de todas las naciones del mundo: «todas, las conductoras» y las «conducidas» incluso las naciones en calidad de aprendices.

Para estos fines el pueblo alemán admitiría en 1950 el pensamiento del Führer de que el edificio, comprendiendo en sí el poder legislativo central del mundo, bien merecía ser de tales dimensiones y valía la pena de las privaciones porque había pasado!

* * *

Reasumamos a base de los mencionados logaritmos políticos de Hitler la historia del mundo desde 1939 hasta 1950.

Pero antes dos aclaraciones de suma importancia «analítica»:

PRIMERA:

La táctica «pactográfica» de Hitler en la política exterior con objeto de apoderarse del dominio mundial, nació de su táctica de «legalidad» en la política interior cuyo éxito experimentó al obtener el dominio de Alemania. Esta táctica de «legalidad» llamaban paradójicamente: «Revolution ouf legalem Wege» (o sea, revolución por vías legales), idénticamente a este absurdo habría que llamar a la táctica de pactos bilaterales: «Guerra por vía de negociación».

LA SEGUNDA ACLARACIÓN:

Los nacional-socialistas repudian cualquier división sociológica en la dirección «vertical». El «Nuevo Orden», admite única y exclusivamente la agrupación

«horizontal», o mejor dicho «piramidal»: el Führer en la cúspide—a sus pies Alemania—bajos éstos, las superiores entre las naciones inferiores y continuando así hasta ubicar en el fondo de esta pirámide los más inferiores de los inferiores. Excepto los Quislings nada vertical, todo horizontal.

Esta pirámide sería un sepulcro como todas las demás

1939

Y AQUÍ LA UTOPIA:

Nuevo pacto con Polonia que la hace perder el acceso al mar y otras posiciones defensivas en el oeste.

1940

Inesperado llamamiento de un plenipotenciario de Polonia a Berlín, donde firma el último pacto polaco-alemán. Este pacto «eterno» pone efectivamente a Polonia bajo la ilimitada dominación de Alemania, realizando así lo dicho por Hitler en 1937. De este modo la última fuerza en el este europeo temible para Alemania cae y la siguiente serie de pactos alcanza a todos los países del este y sureste de Europa, incluyendo Grecia y Turquía con tal rapidez, que antes de apercibirse el mundo—todo este territorio, con sus fábricas, hombres y materias primas, ya trabaja en favor y para el aumento de la máquina bélica alemana.

En cuanto a Rusia era prevista en este plan modelo lo mismo que fué verdaderamente realizado en 1939 —este es: paralizarla como aliada por medio de un pacto «definitivo». Evidentemente, este «definitivo» también tenía ya su límite en los cálculos secretos de Hitler, aunque de más largo alcance en caso de «guerra sin armas». El pacto ruso-alemán de 1940, comprende la ayuda mutua económica y reparte la influencia recíproca en todo el este europeo. Mientras tanto trabaja sin ser molestada la industria bélica de los terrenos dominados bajo una disciplina totalitaria, preparando para Hitler durante el invierno de 1940 a 1941, un tremendo aparato de amenaza a fin de resolver los acontecimientos previstos para 1941. Contra este instrumento no podrá ninguna nación europea concurrir con algo que lo supere.

Al comenzar este año asistimos a la acción alemana que en igual forma que en años anteriores se somete a Escandinavia, Países Bajos y Bélgica; estos últimos con sus correspondientes colonias.

Durante el otoño Hitler envuelve a Francia en su rendición separada por medio de tres pactos, referentes el primero a la futura frontera «eterna» entre Alemania y Francia, establecida muy lejos en el interior del territorio francés—el segundo a la colaboración económica, colonial y marítima franco-alemana—y tercero la adhesión al bloque político del continente europeo constituido para defensa de intereses colectivos.

Ustedes dirán que en alguno de estos momentos to-

dos los países restantes hubiéranse unido para oponerse a este plan a pesar de su relativa debilidad. ¡Y yo lo creo! Aunque me parece que la última ocasión de hacerlo, con perspectiva de ganar, era el momento en que Polonia se oponía resueltamente a la agresión. Pero como hablamos de los planes de Hitler el cual contaba con el retardo por parte de las democracias, producido por el necesario cumplimiento de formalidades parlamentarias, y asimismo con el pacifismo de éstos y el anhelo de tranquilidad de los pueblos «viejos»—viejos o decadentes son para los nacional-socialistas sinónimos de democrático! Hitler contaba además con el efecto de los trabajos de sus respectivas «quintas columnas», etc. Con todo esto preveía el desarrollo de su guerra «pactográfica» en una sucesión metódica.

1942

En este año Hitler marca el paso decisivo en dirección de la dominación del mundo. Es el año de la «reconstrucción de influencias geopolíticas adecuadas a las dos potencias, una como potencia continental—Alemania—y otra como potencia insular—Inglaterra, claro que para un alemán Escocia e Irlanda no pertenecen a Inglaterra! No citaré aquí el número de convenios necesarios con el fin de registrar todos los acomodamientos ni quiero acertar sus contenidos. Lo importante es que Hitler estaba convencidísimo de que

serían aceptados pacíficamente. Esta convicción suya puede demostrarnos, entre otras dos pruebas que son: Primera la ya bastante conocida información de Ribbentropp que constataba aun en los días de las pertractaciones Hitler-Henderson la absoluta seguridad de la abstención inglesa de una nueva guerra—y segunda la más sorprendente, la que nos ha demostrado el viaje de Hess. He aquí la mejor demostración del factor decisivo de la cuenta de Hitler: el amor a la paz por parte del pueblo inglés. Le oigo susurrar al Führer en sus meditaciones sobre sus ambiciosos planes: Sí, sí—en 1942 me dará Inglaterra, me dará por las buenas todo lo que yo exija: el resto lo conseguiré por medio de una penetración pacífica y me concederán finalmente los ingleses todo del mismo modo que lo han hecho a partir de la ocupación militar de Renania. Su convicción respecto a la conducta atribuída a Inglaterra era ciertísima hasta tal punto que creía en la posibilidad de poder enviar allá, en plena guerra, a Hess en calidad de emisario suyo con el objeto de arreglar un acuerdo de paz—qué colosal fe en su tauturgia y que crédito sin igual a sus acechadores e investigadores! Pero también qué fantástico desengaño: Este desengaño de una sola persona nos cuesta a toda la humanidad la paz y a millones de seres humanos la vida. Sin embargo, si me preguntaran ahora, qué hubiera sucedido en el caso de que Hitler hubiera tenido mejores informaciones acerca de la opinión y valentía del pueblo inglés, veríame obligado a afirmar, que la

ciega fe de éste en creerse predestinado para gobernar el mundo le conduce por trochuelas que escaladas hasta un cierto punto de altura no admiten posibilidad alguna de volverse atrás. A este punto había llegado en el momento de haber cumplido el pacto de Munich.

1943

Este año aporta a Hitler, según sus cálculos a base de los pactos anglo-germanos el dominio del espacio Europa-Mediterráneo-Africa con el acceso a los océanos Atlántico e Indico y—por supuesto—la llapa de la invencibilidad militar alemana. Con esta última en su mano Hitler invierte súbitamente su papel. De gran conquistador por medio de pactos bilaterales conviértese en el más gran «reformador aller Zeiten» (de todos los tiempos). He aquí un medio astuto para lograr sus fines respecto a las Américas!

1944.

Radical exterminio del comunismo! Bajo la dirección de Alemania y Japón todas las razas del mundo se lanzan contra Rusia, que ha rechazado el ultimátum alemán japonés, el cual exige inmediatamente ponerse bajo su protección. En consecuencia Japón ocupa todos los territorios rusos situados al este del Ural y Alemania el resto del terreno ruso en el oeste. El hecho de que existen células comunistas en todas partes del mundo, la organización de la cruzada antico-

munista proporciona a sus dirigentes una magnífica ocasión para introducirse en el interior de cada país propicio para las tareas previstas. A partir de este momento Göbbels inventa astutamente tantas «reformas» como sean necesarias a fin de asegurarse el perfecto dominio primeramente cultural, luego económico y político, y como complemento el dominio militar.

Enumeremos sin analizar algunas de estas «reformas» gobbelsianas. Por ejemplo: El problema hebreo.

O... el capitalismo plutocrático, destinado a convertirse en socialismo-conservador, a lo que nosotros llamaríamos Feudalismo modernizado—comprendidos como hijos económicos los Junker y los Samurai.

O... la reorganización de producción y consumo, es decir: clasificación de países en abastecedores de materias primas y países industriales, siendo Alemania y Japón los más calificados como países industriales:

O bien... establecimiento del «Escalafón» de naciones: que comprende:

I. «Die führenden» (conducentes = Alemania y Japón).

II. «Die stamesgleichen»—las de sangre homogénea = Germanos, escandinavos, holandeses, etc.

III. «Die stammesfrenden»—las de sangre heterogénea pero de utilidad = Franceses, ingleses, etc.

IV. «Die minderwerting»—las de sangre inferior, clasificados asimismo en tres grupos:

a) «Las naciones en estado de educación»: italianos, etc.

b) «Las sin valor ninguno»: negros, indios, etc.

c) «Las peligrosas»: polacos, griegos, hebreos.

(El que desee informarse acerca de este tema precisa leer los «Ausführungsbestimmungen zum Reichserbhofrecht»).

Y así suministraría G^öebbels—si fuera necesario—tantas «reformas» que le colocasen con maña en todos los lugares de importancia estratégica del globo. Este período de «reformas» duraría desde 1944 hasta 1949.

Las dificultades en la realización de estas «reformas» no provendrían tanto del lado de los países destinados a la sujeción—contra la fuerza militar de Alemania ya no hubiera nada de oponer y las negociaciones reformativas consistirían exclusivamente en la aceptación incondicional de las órdenes—la única dificultad le podría presentar a Hitler exclusivamente sólo su amigo japonés en la obra de fijar los límites geográficos del mundo «oriental», o sea el mundo «asiático-pacífico» y el mundo «occidental», o sea europeo-afroamericano». Por un lado el Führer y el Mikado tendrían igual interés en el trazado de esa frontera, puesta bien a través del corazón del continente americano, asegurar tanto mejor la dominación de sus correspondientes hemisferios mundiales. Por otro lado una dificultad enorme, tan grande que ninguno de los dos querría hablar de ella ni ocultarla: su interés contradictorio en asegurarse las mejores líneas, desde el punto de vista estratégico, para, ¡por si acaso!

En la cuenta de Hitler el período de las reformas comprendía 5 años, lo mismo que los dos anteriores; a repetir: un año después de la asunción del poder en Alemania siguen:

1934-1939 = el quinquenio de la preparación.

1939-1944 = el quinquenio de la conquista.

1944-1949 = el quinquenio de la reformatión del mundo.

En 1950 realizábase la visión de Hitler como la hemos descrito anteriormente. Observando los títulos de los quinquenios no puede abstenerse de pronunciar también los títulos de las correspondientes «armas secretas» de Hitler, las que consisten principalmente en el aprovechamiento de las faltas y errores de los demás. De este modo llamaría yo al:

I. Quinquenio (el de la preparación) = el quinquenio de la indolencia de sus adversarios.

II. Quinquenio (conquista) = el de la cobardía de los adversarios.

III. Quinquenio (reformatión) = el de la candidez de los adversarios.

Viendo a sus adversarios durante los cinco años del primer quinquenio tan indolentes, creía Hitler que también iban a ser tan cobardes y después tan cándidos como le hacía falta para la realización de sus conjeturas.

1950

Permítanme unas palabras finales sobre este año. La «Reichskanzlei» (cancillería del Reich) se convierte este año en la «Weltkanzlei» (cancillería del mundo). Y el mundo, cansado ya de tantas sensaciones y tantas reformas formidables, que no producen interés, alguno, sino por el contrario aumentan solamente la intranquilidad. Es un especial estado mental de los individuos, que—después de una correría desalentada de nuevos órdenes, decretos y leyes sensacionales, liquidaciones de las más acreditadas instituciones y organizaciones—un cierto día echan de ver que mientras tanto han perdido todos los derechos individuales y —lo que más hondamente emociona a cada observador—advierten, que con los derechos se ha perdido para siempre toda esperanza de cambio. Quienes han vivido en Alemania los años 1933-34 y siguientes—sólo éstos, que han visto la desolación humana sin recurso, sin salida, tanto más agotadora cuanto que ha sido originada con la propia complicidad—sólo éstos pueden imaginarse el estado mental de la gente del año 1950.

Bueno—por lo menos un efecto hubiera logrado la humanidad con esos sufrimientos, penas y dolencias: «La Paz» ¡Qué ilusión! ¿La paz? Precisamente entonces darían comienzo las preparaciones para la guerra verdaderamente mundial: 1.º la de las razas amarillas contra los blancos y viceversa, la guerra contra

los «Gelbe-Gefahr» (peligro amarillo) con respecto a la hegemonía de la una sobre la otra. Espantoso es imaginarse esta corrida de producción bélica, la degradación y azotamiento de los obreros blancos, igualados en su vida, gestión y actuación a los colíes en concurrencia con éstos. El mundo convertido en cuarteles militares, fábricas de producción mortífera en fin una apocalipsis de guerra, y desmoronamiento del género humano!

[No!, gracias a Dios! esta terrorífica danza macabra sólo tiene cabida en la mente utopista del Führer, porque Polonia la primera y con ella Gran Bretaña y todos los pueblos que luchan hoy, testifican con su lucha, que si bien en el quinquenio 1934-1939 el mundo ha demostrado una indolencia imperdonable, cierto es que no ha sido cobarde para dejarse robar su honor, ni será tan cándido para consentir que le arrebaten su libertad.